

Continuando siempre la porfia
Y pelea, do quiera que llegaron,
Tanto que cinco veces en un día
Con unos mismos indios pelearon:
Nadie de sus vecinos se valia,
Ni los unos á otros ayudaron,
Sin junta general; mas á hacella,
Con gran dificultad salieran della.

En el discurso pues deste viaje,
De que prolija relacion no hago,
Llegaron á las tierras y paraje
Donde después fundaron á Cartago;
Y viendo tanta multitud salvaje
Que de congregacion hacen amago,
Determinaron de volver al fuerte
Con seis heridos, aunque no de muerte.

Hallaron de salud impedimento
A causa de la vecindad del río,
Mucho servicio sin vital aliento,
Y lo vivo sin fuerzas y sin brio;
Y así luego mudaron el asiento
A Cali, prepotente señorío,
Donde hicieron poblacion fundada
Que la villa de Ampudia fué llamada.

Estando centinelas á la mira,
Un escuadron cruel fué descubierto,
El cual llegó con increíble ira
Y un negro del Añasco quedó muerto;
Mas fuerza de caballos los retira
Y los hizo volver con desconcierto,
Sin que fuese bastante su rencilla
Para no proseguir la nueva villa.

Pocos dias después destas cuestiones,
Españoles corrieron la frontera,
Y entonces descubrieron los gorriones,
Gente que les caía mas afuera;
Pero volviéronse con intenciones
De ver la mas cercana cordillera
En demanda del gran cacique Pete,
A quien lo mas de Cali se somete.

Seis caballeros son, treinta peones,
Soldados viejos, diestros y alentados,
Que por los mas enhiestos reventones
Suben con los escudos embrazados,
Apresurando siempre los talones
Entre tanto que no son contrastados;
Y así llegaron sin que se defiendan
Donde Pete tenia su vivienda.

Vieron en uno de sus aposentos
Monstruosidad que los escandaliza,
Cueros de indios sobre cuatrocientos
Colgados, todos llenos de ceniza,
Cuyas carnes sirvieron de alimentos:
Uso que por allí se solemniza;
Y en otras casas, desta suerte llenos,
También á seis y á diez, y á mas y á menos.

Segun victoriosos las banderas
Que ganaron de sus competidores,
Ó como las pellejas de las fieras
Que cuelgan los monteros de señores,
Estas mas brutas y mas carniceras
Ostentan desta suerte sus furores,
Y aquel era mejor y mas honrado
Que mas indios habia desollado.

En estos inhumanos pareceres,
Costumbres duras y desaforadas,
Entraban ansimismo las mujeres
Que solian cazar y ser cazadas,
Y así por sus enojos ó placeres
Tenian las pellejas ahumadas:
Eran también crueles y homicidas,
Y solian comer y ser comidas.

Huyóles á las gentes castellanas
Pete, como llegaron á su tierra,
Mas luego convocó las comarcanas
Después que mas entraron en la sierra:
Alistan dardos, arcos y macanas,
Con los demás pertrechos para guerra;
Un paso ven los nuestros por delante
Para los moradores importante.

Era profunda y áspera quebrada
Forzoso paso para su viaje;
Reconoció la gente bautizada
Los intentos del escuadron salvaje;
Pero la presta barra y el azada
Aprieta hizo cómodo pasaje;
Y así, cuando llegó contrario Marte,
Tenian ellos la contraria parte.

Usaron desta buena diligencia,
Que los libró de grave pesadumbre,
Antes que la clarifica presencia
Del sol los visitase con su lumbre;
Pues allí la mas firme resistencia
Era de su salud incertidumbre,
Por no tener espacio los caballos
Cómodo, donde puedan meneallos.

Ya cuando los febeos resplandores
Calentaban las gentes convecinas,
Cubiertos vieron todos los altores
De los que van tras nuestras peregrinas
Aquí y allí resuenan atambores,
Cóncavos caracoles y bocinas,
Animándolos el cacique Pete
Que por diversas partes acomete.

Manifestaba bien ser gente rica,
Segun las joyas y gallarda traza;
Entre los escuadrones la cacica
Y otras mujeres muchas, ó con maza,
Ó con grueso baston, ó larga pica,
Para las emplear en esta caza,
Con que pensaban ocupar las brasas
Y colgar los pellejos en sus casas.

De jáculos y piedras van volando
Sobrellos un espeso torbellino;
Vanse los españoles adargando
Por el orden mejor que les convino,
Los unos á los otros reguardando
Y siempre prosiguiendo su camino;
Los indios apartados de su huello
No les daban un punto de resuello.

No con trabada mano se litiga,
Por tener lo mas alto la canalla;
Calor y sed y hambre los fatiga,
Sin que les den lugar á mitigalla;
El agua ven, al paladar amiga,
Pasan por ella, no pueden gustalla,
Que no se lo permite ni consiente
De los espesos tiros la creciente.

Defendiéndose van desta manera,
Del escuadron cristiano nadie lesa,
Hasta que Titan en la cuarta esfera
Puso su resplandor en igual peso;
Y habiendo demediado su carrera
Fuéles bien menester valor y seso,
Porque lengua mordaz de la cacica
Con tal reprehension á todos pica:

«O gente baja, vil, floja, cobarde,
Digna de femenino nombramiento,
¿Es posible que tanto tiempo tarde
Con tan pocos venir á rompimiento,
Y que la parte nuestra mas aguarde,
Habiendo para uno mas de ciento?
Romped, rompéd, y apechugá con ellos
Y asildes de las barbas y cabellos.»

Quedaron tan confusos y corridos
De lo que dijo la mujer de Pete,
Que como de demonios revestidos
Luego cada cual dellos arremete;
Mas no fueron los nuestros removidos,
Antes menos ganó quien mas se mete,
Porque vieras allí lanzas y espadas
Por ijares y pechos traspasadas.

Aquí vieras cabezas ir rodando,
Allí regar la tierra roja vena,
Ir unos con las tripas arrastrando,
Otros tenderse por aquel arena,
Brazos caidos, manos palpitando
Que de los cuerpos el furor cercena,
Mostrando claramente ser mejores
Los que eran en el número menores.

Como flujo de mar que la corriente
De los pequeños rios entorpece,
Haciéndolos volver acia su fuente
Si verna sequedad los enflaquece,
Mas en tiempo de lluvias su creciente
Contra marinas ondas prevalece,
Tanto que por gran trecho se señala
El agua dulce dentro de la mala:

Así los que ya iban con intento
De retraer los pasos y la lanza,
Aquel encarnizado rompimiento
Trocó de tal manera la templanza,
Que con ensangrentado crecimiento
Prevalecieron contra la pujanza
Que los entretenia no sin miedo,
Antes que se probasen á pié quedo.

Algunos de los nuestros lastimaron
Los tiros de la bárbara cuadrilla,
Aunque ningunos dellos peligraron;
Pero por evitar mayor rencilla
De dar la vuelta se determinaron
A los albergues de la nueva villa,
Y porque el sol estaba ya cubierto
Tomaron por amparo cierto puerto.

Allí tuvieron vigilante ronda,
Viendo cubiertos los demás altores
De gente de macana, dardo, honda,
Que los atormentaban con clamores,
Sin quitarse jamás de á la redonda,
Tocando mil bocinas y atambores,
No concediendo punto de sosiego
Cuando lo suele dar el nubló ciego.

Mas cuando resplandor de la mañana
Ahuyentaba la nocturna lumbre,
Con gran orden la gente castellana
Comenzó de bajarse de la cumbre,
Y de los bárbaros la mas lozana
Siempre les iba dando pesadumbre;
Las mujeres también destas aldeas
Los amenazan con palabras feas.

Porque tras ellos van por las laderas
Llamándolos ladrones, robadores,
Las cuales de por sí tienden bandera,
Y ansimismo tocaban atambores:
Llevan macanas, lanzas, tiraderas,
Agudos y volantes pasadores,
Sin dejar reposar bando cristiano
Hasta que ya lo vieron en lo llano.

Ningun bárbaro mas el pié levanta
Ni quiso descender á llana via:
Los nuestros fueron á su nueva planta,
Donde su capitán los atendia;
Llegaron martes de Semana Santa,
Año de treinta y seis que ya corria,
Pero por ser los curas ignorantes,
La celebraron ocho dias antes.

Estando celebrando soberanos
Misterios, aunque fuera de su día,
Supieron de los indios comarcanos,
Mediante lengua que los entendia,
Cómo crecida copia de cristianos
Entraba por aquella serranía,
Siguiendo sus pisadas y sus huellas,
Y que venian en demanda dellos.

No supieron quién eran de presente,
Y el capitán Ampudia se recela,
Imaginando que seria gente
De los de Santa Marta ó Venezuela;
Y así con el recato conviniente
A todas horas hubo centinela,
Porque solian resultar cuestiones
Del término de las gobernaciones.

Pues hartas veces vimos furias sueltas
Sobre las tierras en gobierno dadas,
Contenciosos bandos y revueltas,
Cabezas locas bien ensangrentadas,
Y no pocos soldados á las vueltas
Muertos de las espesas cuchilladas,
Y unos y otros en aquel instante
La voz del rey poniendo por delante.

Aquesta gente pues bien informada
De que venian ya por la frontera,
Determinaron ir de mano armada
Para saber de qué gobierno era:
La vista dellos fué regocijada
Desque reconocieron la bandera,
Por ser su Benalcázar que venia
Con peones y gran caballería.

Multiplicáronse contentamientos
Del Ampudia con los recién venidos,
Usando de los nobles cumplimientos
Que suelen los amigos conocidos:
Vinieron á los nuevos aposentos,
Do fueron regalados y servidos,
Que seria lo mas cotidiano
Un poco de pescado y algun grano.

Después que descansaron algun día,
Por Benalcázar fué determinado
Que lleven adelante la porfia
De los descubrimientos del Dorado;
Mas para yo llevar la misma via
Siéntome de presente fatigado,
Y así, primero me será forzoso
Tomar algun espacio de reposo.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Benalcázar despobló la villa de Ampudia y pasó adelante con toda la gente que tenia, con esperanzas de hallar tierras de mayor grandeza; y así por él y por sus capitanes se tentó por diversas partes aquel compás que hoy se llama gobernacion de Popayán.

La condicion del corazon humano
Con tales esperanzas se halaga,
Que cuantas mas riquezas á la mano,
Menos la codiciosa sed apaga;
Y en el noble varon y en el villano
Antigua suele ser aquesta plaga,
Porque la hambre de crecida renta
Cuado mas come queda mas hambrienta.

Bien vido Benalcázar el provecho
Que la tierra que huella prometia,
Y segun el concepto de su pecho
El mando y el gobierno pretendia;
Mas aunque de las muestras satisfecho,
Otra cosa mejor apetecia;
Y así, debajo de mejorar silla
Por él se despobló la nueva villa.

A la parte caminan del oriente
Donde su voluntad les aconseja,
Y el capitán Miguel Muñoz con gente
Al río que llamaron de la Vieja,
Por una con quien dieron de repente
Llena de espesas rugas la pelleja,
Pero con tantas joyas su persona
Como si fuera moza fanfarrona.

No porque la pintó natura fea,
Mas el tiempo trocó formas primeras,
Y así suplia lo que ser desea
Con brazales, collares y orejeras;
Cinta de oro batido le rodea
El vientre, los ijares y caderas,
Las cuales joyas en ajenas manos
Pesaron ochocientos castellanos.

Luego Miguel Muñoz la desembarga
Debajo de clemente mansedumbre,
Con lástima de ver edad tan larga
Traer á cuestras tanta pesadumbre;
Mas él no rehusó llevar la carga
Ni de subir con ella por la cumbre,
Y así volvió con muestra placentera
Adonde Benalcázar los espera.

Volviéron otra vez á los gorriones,
Donde deseo de poblar los llama;
Mas en sus estendidas poblaciones
Nunca hicieron permanente cama:
Continuaron peregrinaciones,
Pasaron por Encerma y por Cartama,
No sin grandes contrastes de guerreros,
Pantanos, ciénagas y atascaderos.

Con pérdida de hombres y caballos
Por incultas montañas y espesuras,
Do los dejaban sin poder sacallos,
Con trabajos de tantas desventuras
Que no podrán particularizallos
Otras mas ampliadas escripturas:
Al fin, dejadas estas estaciones,
Vuelven tercera vez á los gorriones.

Desde donde con cierta compañía
De treinta dellos cada cual lijero,
El general Benalcázar envía
Al diestro capitán Juan Ladrillero
A descubrir dónde la mar batía
Y ver la costa como marinero,
Para dejar en ella descubierta
Algun ancon ó conveniente puerto.

En Ladrillero hizo nombramiento
Por ser en cosas de la mar esperto;
Y era de Benalcázar el intento,
Si por allí pudiera hallar puerto,
Ir á pedir el adelantamiento
De la tierra que habia descubierta,
Pues al marqués Pizarro no podía
Hurtar el cuerpo por contraria vía.

Guió pues Ladrillero sus sodales
Treinta dias ó mas por el altura,
Mas los opuestos bosques y breñales
No dan lugar á lo que se procura;
Topaban con algunos naturales
Que en barbacoas hacen su cultura,
De donde cada cual se defendía,
Y cuando mas no puede se húa.

Porque estaban de guadubas cercados,
Nativas que llegaban á lo alto,
Y en viéndose los indios aquejados,
No pudiendo librarse del asalto,
A las flexibles plantas abrazados
Daban un gran vaivén para su salto,
Y sin se desasir hacian vuelo
Hasta poner los piés en fijo suelo.

Que la guaduba verde se domeña
A la parte que tira quien colgado
Va della, sea ya varon ó dueña,
Uso que tienen bien ejercitado:
Era guarida la cercana breña
Que los rodea por cualquiera lado,
Y así desaparecian en un punto,
Pues saltar y huir andaba junto.

Esto hacian con tan gran destreza
Maridos y mujeres y menores,
Que podía pasar por gentileza
Entre los escogidos trepadores;
De suerte, que con esta lijereza
Dejaban frios á los vencedores,
Quedando cada cual dellos ayuno,
Sin poder tomar uno ni ninguno.

Visto que no valian buenas mañas
Para poder tomar alguna guía,
Y que por el embargo de montañas
Aquel camino se les impedia,
Acordaron volver á las cabañas,
Donde su general los atendía,
Hambrientos y los mas dellos enfermos,
Y otros que perecieron en los yermos.

Luego por todos fué determinado
Volver á Cali, porque les parece
Que gozarán, teniéndolo poblado,
Del fruto que la tierra les ofrece:
Por Benalcázar fué pueblo fundado
Allí, que con el nombre permanece
De Cali, donde hizo nombramiento
De cabildo, justicia y regimiento.

El un alcalde fué Pedro de Ayala,
Y Anton Redondo regidor primero;
A los demás que entraban en la sala
De sus acuerdos, yo no los refiero,
Porque la relacion no los señala
Ni los vivos la dan como yo quiero;
Pues aunque por mis cartas los exhorto,
El que mas dice dellos queda corto.

Dejando pues presidio conveniente
Para seguridades del vecino,
Miguel Muñoz fué puesto por teniente,
Y Benalcázar con su buen destino
Tomando lo restante de la gente,
A lo de Popayán hizo camino:
Fundóse la ciudad en el asiento,
Do vieron antes el gran aposento.

Hizo sus diligencias y procesos,
En obediencia del real escudo,
Y porque barruntaba los escesos
Del bárbaro traidor, feroz y crudo,
Con palenques de guadubas espesos
Se fortaleció lo mejor que pudo,
Año de treinta y seis el mes postrero
Del computo que corre desde enero.

No fueron escusadas ni baldías
Las prevenciones y las diligencias,
Porque todas las noches y los dias
Venian á guerreras competencias:
Hubo continuadas baterías
Y bien ensangrentadas resistencias;
Mas ni por sangre ni por medio bueno
A su sultura pueden poner freno.

No se pasaba dia sin bullicio
Ni noche que quieta se durmiese;
Velar y pelear es el oficio,
Sin que ninguno reposar pudiese;
Mataban los indios de servicio
Al descuido menor que se tuviese,
Y en un momento, ya varon, ya hembra,
Por la cürel canalla se desmiembra.

Partiéndolos pedazo por pedazo
Y dividiendo cada coyuntura,
El uno lleva pierna, el otro brazo,
Otro las tripas sin el asadura,
Otro riñones, higados y bazo,
Si no podía mas por la presura
Y revuelta de la gente malina,
Andando todos á la rebatina.

Sus bocas son no menos carniceras
Que las de bravos tigres y leones,
Antes aventajados á las fieras,
Hienas, cocodrilos y dragones,
Esceden en crueldad á las panteras
Y tienen muy peores condiciones;
Y aun el dia de hoy gente de España
No les puede quitar aquella maña.

No reposaban mucho las espadas
De nuestros españoles circunspetos,
Pues viendo que estas gentes alteradas
Perdian el temor y los respetos,
Les dieron tres ó cuatro trasnochadas,
Tales que ya vivian mas quietos,
Y así con el rigor de los castigos
Granjearon algunos por amigos.

Viendo que del cercano circüito
Venian ya de paz con lisa frente,
Acordó Benalcázar ir á Quito
A recoger caballos y mas gente;
A Popayán le señaló distrito
Y al Ampudia nombró por su teniente;
Quedó Pedro de Añasco por alcalde,
Que no supo comer el pan de balde.

Con Pizarro se vió dándole cuenta
De su peregrinar y de lo hecho:
Particularidades representa,
Pero no los conceptos de su pecho;
Dijo ser tierra donde se cimenta
Con minas de grandísimo provecho,
Aunque por ser su gente belicosa
Sería la conquista trabajosa.

Pizarro se holgó con su presencia
Y de la buena nueva que traía;
Confirnióle de nuevo la tenencia
Con mas largo poder del que tenía,
Y diósele sin límite licencia
Para hacer la gente que quería;
Mas no pudo hallar aviamiento
Tan presto como fué su pensamiento.

Porque buscando por diversas vias
Soldados, consumió mas de un invierno,
Y recogidas buenas compañías
Del viejo morador y del moderno,
Volvió con ellos á las serranías
Adonde se plantaba su gobierno,
Año de treinta y ocho por las flores
Del mes llamado mayo de mayores.

A Popayán llegó con gran armada
En este mes y por la dicha era,
Cuya venida fué regocijada
De todos los que estaban en espera,
Por estar nuevamente rebelada
La mas gente de aquella cordillera
Y tan alborotados los terrenos
Que miedo de morir era lo menos.

Mas viendo gente nueva castellana
Muchos se redujeron á sosiego,
Movidos de temor mas que de gana
Que tuviesen de mitigar el fuego,
Ni jamás voluntad tuvieron sana;
Antes conformes en el odio ciego
Disimulaban en el apariencia
Enemistad, rancor, malevolencia.

Esperando sazón y coyuntura
Correspondiente con sus pensamientos,
Que no siempre concede la ventura,
Antes suele cortar tales intentos,
El Benalcázar pues luego procura
Hacer las suertes y repartimientos,
Para que cada cual con oro y frutos
A sus amos acuda con tributos.

Después viendo su gente descansada,
De mas premio y honor estimulado,
A su rancho llamó la mas granada
Para manifestalles su cuidado,
Cerca de proseguirse la jornada
Y noticia que tienen del Dorado;
Y congregados los de mas estima,
Con este parlamento los anima:

«Caballeros, el tiempo nos convida,
Y nuestro propio punto nos exhorta
A poner en efecto la partida
En demanda de lo que mas importa,
Porque para gozar próspera vida,
Aquesta tierra me parece corta,
Y aquella do quereis hacer empleo
Podrá mejor cumplir vuestro deseo.

»Y pues, bendito Dios, estamos sanos
Y bien apercebido nuestro bando
De caballos lijeros y lozanos,
Vamos estas riquezas indagando,
Antes que nos las quiten de las manos
Algunos que las vengan rastreando;
Porque, como sabeis, por muchas bandas
Corren descubrimientos y demandas.

»Y en noticia que da tal esperanza,
Cuanta mas brevedad menos se yerra,
Porque de flojedad y de tardanza
La próspera fortuna se destierra:
Sea pues la primera nuestra lanza
Que tome posesiones en la tierra,
Donde demás del aprovechamiento
Terneis para con Dios merecimiento.

»Pues no cebará tanto su garganta
En estas tierras infernal abismo,
Dándoles mandamientos de fe santa,
Y el agua de católico bautismo;
Haremos de ciudades nueva planta
En medio deste rudo barbarismo,
Para que vengan en conocimiento
De aquel que les dió ser y da sustento.

»Aquí porque sustenten lo poblado
Y al bárbaro se pueda poner rienda,
En cada pueblo quedará recado
Con que de movimientos se defienda:
Hombres son de valor y de cuidado
Los que de buenas suertes tienen prenda,
Y unas veces por paz, otras por guerra,
Ellos allanarán los de su tierra.

»Trescientos hemos de ir este camino,
Los ciento de caballos proveidos,
Que bastarán con el favor divino
Por ser varones diestros y rompidos;
A los que son caudillos les asino
Los que tienen de ser apercebidos:
Aliste cada cual sus compañías
Porque salgamos de hoy en ocho dias.»

Dijo su voluntad, y los presentes,
Atentos á la práctica propuesta,
No mostraron las suyas diferentes,
Segun se coligió de la respuesta;
Tomaron á su cargo los agentes
De hacer cada cual su gente presta,
Tan buenos, quel menor dellos tenía
Punto, valor, esfuerzo, bizarría.

Con armas necesarias, y cualquiera
Proveido de seda, lienzo, paño,
Aunque la duracion del tiempo fuera
De segundo, tercero y cuarto año;
Van Juan de Ampudia, Añasco, Juan Cabrera,
Martiniáñez, Tafur, Juan de Avendaño,
Luis de Sanabria, que estos tres postreros
En Cubagua también fueron guerreros.

Llamados pues del tiempo ya propicio,
Prados con flores, plantas con coronas,
Para salir al militar oficio,
Pusieron muy en orden sus personas,
Muchos indios é indias de servicio
Que por acá llamamos yanacoas,
Y en busca de region mas eminente
Caminaron la via del oriente.

Dejando los albergues agradables,
Los campos y zavas apacibles,
Por las montañas van inhabitables
Y lugares que son inaccesibles,
Y con trabajos tan intolerables
Que no pueden pintarse de terribles:
Obscuros bosques, asperos breñales,
Avolcanadas tierras, cenagales.

En cuyas espesuras y conveses,
Sin hallarse recurso de cultura,
Peregrinaron mas de cuatro meses
Subyectos á continua desventura;
Con estos infortunios y reveses,
Algunos ocultó la sepultura,
Y al fin fueron á dar á las llanadas
De Neiba, que hallaron bien pobladas:

Tierra de fertilisimas labores
Y campo que hartura prometia,
Adonde ni los frios ni calores
Se podian juzgar á demasia,
Aunque tienen aquestos moradores
Igual siempre la noche con el dia,
Por ser debajo del ecuante cincto
Por quien un polo y otro fué distinto.

En aqueste terreno provechoso,
Contrario de pasadas inclemencias,
Que lo hacian ser mas deleitoso
Y de maravillosas influencias,
Tuvieron muchos dias de reposo,
Aunque no sin guerreras competencias,
No tales ni con tanta muchedumbre
Que les diese notable pesadumbre.

A causa de hallar estos gentiles,
Al tiempo que vinieron, ocupados
En guerras intestinas y civiles,
Crüeles contra si y encarnizados;
Y así por estas competencias viles
Hallaban muchos pueblos asolados,
La cual obstinacion, para sí dura,
A nuestros españoles fué segura.

Mas no hallaban del dorado grano
Tanto que fuese rica la contía;
Y así les pareció consejo sano,
Entre tanto que mas se descubria,
No dejar tan á solas de la mano
Aquella tierra vista que lo cria,
Donde fundaron pueblos oportunos
Y podian fundar otros algunos.

Fué por estas razones acordado
 Quel Anasco y Ampudia se volviesen
 A Popayán, do con fiel cuidado
 Las cosas importantes proveyesen,
 Y en Timaná, terreno bien poblado,
 Cristianos fundamentos se pusiesen
 Para propagacion de la fe santa,
 Haciendo de vecinos nueva planta.

En cumplimiento de lo que les manda,
 Vuelven con gente que les fué bastante,
 Y el Benalcázar por aquella banda
 Quel sol descubre rostro radiante,
 Deseoso del fin de su demanda,
 Pasó con los restantes adelante;
 Mas no fué su sospecha falso sueño
 Cuando se receló de nuevo dueño.

Pues atinando por lugar incierto
 Y via nunca vista ni hollada,
 Aquel fuerte varon, sabio y esperto
 Don Gonzalo Jimenez de Quesada
 A la sazón había descubierto
 Aqueste nuevo reino de Granada,
 Que es el cierto Dorado y el empleo
 Que trae Benalcázar en deseo.

Y así donde la suerte los aplica,
 Eso me da por llano que por sierra,
 Hallaban rastro que les certifica
 Haber otros cristianos en la tierra:
 El invido dolor al alma pica,
 Cuya fuerza suspiros desencierra,
 Por ver indicios que hacían prueba
 E indios que de vista daban nueva.

La cual, aunque gran trecho de camino
 Y en aspereza por extremo malo,
 Ansimismo con presto vuelo vino
 A la congregación de don Gonzalo,
 Diciendo venir campo peregrino
 Que se tractaba con mayor regalo,
 No como los primeros caminantes,
 Sino con ropas ricas y elegantes.

Luego con gente bien aderezada,
 Dispuesta para lo que sucediese,
 El sabio general desta manada
 Ordenó que con ella se partiese
 Su hermano Fernán Perez de Quesada
 Para que la verdad reconociese,
 Y tomase razón de sus intentos,
 Buenos ó maliciosos pensamientos.

Llegan á Guataqui por sus jornadas
 Cerca de Neiba, do los naturales
 En respuesta de cosas preguntadas
 Hicieron mas patentes las señales,
 Porque mostraron jaras emplumadas,
 Evidencia notoria de sus males;
 Y por estos también fueron guiados
 Al sitio donde estaban alojados.

Ocultados en cómodos lugares
 Cuentan los toldos destas compañías;
 Y el capitán Pedro de Colmenares
 Y Juan Rodriguez Gil y Juan de Frias
 Con algunos soldados singulares
 Se bajaron al río por espías;
 Porque si tiempo viesen oportuno
 Para saber quién son, prender alguno.

Ocultos estos en la fértil vega,
 Cuyas verdes orillas y confines
 El río de la Sabandija riega,
 De los otros, en traje mas insines,
 Un cierto joven á caballo llega,
 Anzuelos prestos con sus volantines,
 Y encima puesto sin hollar arena
 Peces quiere llevar para su cena.

Cuando lo vieron mas embebecido,
 Procuraron estotros rodeallo,
 Mas él, los ojos prontos al oído
 Del rocín, como viese meneallo,
 A do los inclinó la gente vido,
 Y así batió las piernas al caballo,
 Saliendo como jara de ballesta,
 Sin esperar pregunta ni respuesta.

Brevemente dió fin á su carrera,
 A causa de llevarlo piés lijeros;
 Fué la grita que dió de tal manera
 Que se sobresaltaron compañeros;
 Oída la razón por Juan Cabrera,
 Salió luego con veinte caballeros,
 Pedro de Puelles, Juan Diaz Hidalgo,
 Juan de Arévalo y otros hijosdalgo.

Llegaron á la gente mal vestida
 La no menos briosa que galana,
 Donde cada cual parte fué medida
 Segun la condicion de ley urbana:
 Dan reciproca cuenta de su vida,
 Principal punto de que tienen gana;
 Y así por ruegos y amigables prendas
 A todos los llevaron á sus tiendas.

Recibió Benalcázar al Quesada
 Con la modestia de sagaz concierto,
 Y estotro con prudencia recatada
 Tractó de lo que habían descubierto:
 Tierra que para mas rica jornada
 Les mostraba camino bien abierto,
 Porque ya por los términos cercanos
 Inmensidad se ve de campos llanos.

Vistas las esperanzas que engrandece
 Y de lo descubierto los provechos,
 El dicho Benalcázar les ofrece
 Soldados y caballos y pertrechos,
 Porque la paga dellos apetece
 Por ir á dar noticia de sus hechos
 Al rey, como quien era pretendiente
 Ya de gobernador y no teniente.

El Fernán Perez, no menos urbano,
 Le suplicó que lo hiciese dino
 De ir á Bogotá, porque su hermano
 Viese tan afamado peregrino,
 Porque todos debajo de su mano
 Le servirán allá y en el camino,
 Y que podría ser que se concorden
 Los dos, y á sus conceptos diesen orden.

Entrellos no quedó determinado;
 Mas la gallarda gente que traía
 Con pecho de Pirú sobresaltado,
 Quisierálo guiar por otra vía;
 Y Juan de Céspedes disimulado,
 Que parte del intento coligia,
 Dijo: «Señores, las tierras ganadas
 Defendéros las hemos á lanzadas.»

Oyólo Juan Cabrera, varon puro
 Y digno de las láureas guirnaaldas,
 Y dijole: «Señor, dormid seguro
 Con vuestras tierras, oro y esmeraldas;
 Mas si viniésemos á trance duro,
 Nunca nos las dareis en las espaldas:
 Paz se pretende, quietud, sosiego,
 Y no venir á término tan ciego.»

Quebrado de pendencias aquel ramo,
 El dicho Juan Cabrera le pescuda:
 «¿Quién es vuestra merced, porque lo amo
 Y deseo servir sin esta duda?»
 Dijo: «Capitán Céspedes me llamo,
 Harto mas conocido que la ruda,
 Y en estas partes de las Indias hombre
 Que por tierra y por mar vuela mi nombre.»

Cabrera respondió desta manera:
 «Señor, á mi noticia no ha venido
 Tal nombre, pero yo soy Juan Cabrera,
 Soldado rodeado del olvido,
 A causa de faltarme la primera
 Hazaña por do sea conocido;
 Y aunque muchos me dan otros derechos,
 Nunca me lisonjeo de mis hechos.»

Entrestos dos destrísimos jinetes,
 Cada cual dellos válido guerrero,
 Pasaron estos dichos repiquetes
 Por las mismas palabras que refiero,
 Sin que se lastimasen los almetes
 Ni descubriesen filos del acero;
 Pero guiándose por cuerdos modos
 En gran conformidad quedaron todos.

Y no prevaleció lo comenzado
 Que maquinaba juvenil sentencia,
 Porque puestas las cosas en estado
 Dispuesto para llamas de pendencia,
 Puede sagaz varon y reportado
 El fuego mitigar con su prudencia,
 Segun agora hizo quien lo era,
 Que entiendo por el dicho Juan Cabrera.

No resolutos en los pareceres
 De ir á Bogotá, segun le pide
 A Benalcázar nuestro Fernán Perez,
 Del y de sus soldados se despide,
 Que con grandes ofertas y placeres
 Cada cual por su parte se comide;
 Y el Benalcázar y otros de su bando
 Por buen trecho los van acompañando.

Llegan á Bogotá, do los espera
 El sabio y animoso licenciado:
 El Fernán Perez dió razón entera
 De aquello que tenía deseado,
 Diciéndole que Benalcázar era
 Capitán de Pizarro, que poblado
 A Popayán dejó, á Cali y Quito
 Con mas lugares deste circuíto.

Después de se juntar los dos hermanos,
 Pasados como seis ó siete días,
 Por nuevas de los indios que cercanos
 Estaban algo destas serranias
 Supieron que por vía de los llanos
 Estaban españolas compañías;
 Y este era Fedrimán, de quien mi historia
 En otra parte ya hizo memoria.

Dije cómo se vieron el aspeto
 Y se comunicaron blandamente,
 Uno varon sagaz, fuerte, discreto,
 El otro discretísimo y valiente:
 Ambos se concertaron en efeto
 Y hicieron un cuerpo de su gente,
 Juzgando que los dos hechos á una
 Podían contrastar dura fortuna.

Apenas tal resolucíon se toma
 Entrestos dos insignes capitanes,
 Cuando por las laderas de una loma
 Vieron las sedas, granas, perpinanes
 De Benalcázar, con el cual asoma
 Gallarda bizarría de galanes,
 Que entre los otros que valor abona,
 Parecían á los de Meliona.

Que los de Fedrimán y del Jimenez,
 A causa de su muy larga carrera,
 Tenían por los mas preciados bienes
 Una ropeta de algodón lijera,
 Y para dar cubiertas á sus sienas
 De lo mismo también una montera;
 Pero de todos el de menos nombre
 Se podría tener por mas que hombre.

Pues como granos de la mina rica
 De mas bajo metal entreverados,
 Quel fuego y el crisol los purifica
 Y quedan afinados y apurados,
 Así clara verdad nos certifica
 Estar aquestos válidos soldados,
 Por haber, no sin gran desasosiego,
 Pasado por el agua y por el fuego.

Llegó pues Benalcázar donde quiso,
 Y fué graciosamente recibido,
 Y no de la salud tan sin aviso
 Que fien sus cabezas del olvido;
 Mas su venida fué con pecho liso
 Debajo del diseño referido,
 Por ver si por allí se daba maña
 Para guiar sus pasos en España.

Vino su diligencia muy á cuento
 A los que le hicieron hospedaje;
 Pues declarándoles su pensamiento
 Como requiere pródigo lenguaje,
 Supo tener entrambos en intento
 Efectuar aquel mismo viaje,
 Porque de lo del reino y del camino
 Tenían buena copia de oro fino.

Y demás de lo propio recogieron
 El oro que tenían los soldados,
 Por caballos y esclavos que les dieron
 A precios á su gusto moderados,
 Pues los caballos que menos valieron
 Encajaban á mas de mil ducados,
 Y entonces no se tuvo por escoso
 Por la necesidad y el caudal grueso.

Pasaron con los tres esta carrera
 De su gente la mas aprovechada.
 Quedó pues general desta frontera
 El dicho Fernán Perez de Quesada.
 Para Neiba se vuelve Juan Cabrera
 Con larga comision que le fué dada:
 Los mas de Benalcázar con él fueron
 Y otros en Bogotá permanecieron.

En Neiba Juan Cabrera pueblo funda
 Por el poder y comision que lleva,
 Porque le pareció tierra fecunda
 Demás del esperanza que le ceba;
 Y aun dicenme que fué la vez segunda
 Que poblaron aquesta tierra nueva,
 Y dejalla Benalcázar poblada
 Viniendo al nuevo reino de Granada.

Puestos en orden ya los peregrinos
 Que van á España con la bolsa llena,
 Volvieron á los términos marinos
 Por el gran río de la Magdalena:
 Vieron y conversaron los vecinos
 De la nueva ciudad de Cartagena,
 Desde donde con buen aviamiento
 Llegaron á Madrid en salvamento.

Dejémoslos agora negociando
 Sus nobles y honrosas pretensiones,
 Porque del Benalcázar diré cuando
 Llegaren oportunas ocasiones.
 Al Anasco y Ampudia voy buscando,
 Que fueron á fundar las poblaciones:
 A Timaná, provincia populosa,
 Y de gente valiente y orgullosa.

De Popayán cincuenta leguas dista,
 Y es tierra fértil pero montuosa,
 Con aspereza que la humana vista
 Nunca jamás la vió mas salebrosa.
 Entraron pocos para la conquista,
 Siendo los indios mano poderosa,
 Los Paeeces, Yalcones y Pirama,
 Y Guanaca, provincias de gran fama.

Viendo los nuestros incomodidades
 Para poder hacer abierta guerra,
 Procuraron por bien las amistades
 De caciques algunos de la tierra:
 Acudieron á las conformidades
 De los quel próximo compás encierra
 Del pueblo do hicieron los cimientos,
 Fin del de treinta y ocho y tres quinientos.

Como viese de paz el apariencia
 Juan de Ampudia del indio convecino,
 Al Anasco dejó con su tenencia
 Y á Popayán dirige su camino.
 Anasco puso suma diligencia
 En contentar al que de paz le vino,
 A lo menos al hijo de Pioanza,
 Yalcon, señor de próspera pujanza.

Era mozo bien acondicionado,
 Que por Pedro de Anasco se perdía,
 El cual no lo quitaba de su lado
 Y á su buen amistad correspondía;
 A nuestro modo bien aderezado,
 Y en su caballo siempre lo traía,
 Pareciéndole ser el mozo prenda
 Para seguridad de su vivienda.

Este para hacer repartimientos
 Y las suertes de los conquistadores,
 Le dió la relacion y documentos
 Con que reconociese las mejores:
 Y así ya hechos los apuntamientos,
 A los caciques señaló señores,
 Y para tributar á nuestro marte
 El dicho mozo fué no poca parte.

El á lo mas insigne se convierte,
Como superior en elecciones,
Y así tomó por generosa suerte
Añasco toda la de los yalcones:
Ministro presuroso de su muerte,
Contra las filiales intenciones,
Pues cuanto mas del hijo fué querido,
Tanto del padre mas aborrecido.

Ofrecióse, después desto que digo,
Añasco ir al pueblo popayano
Para buscar de gente mas abrigo
Con que hacer aquel terreno llano.
Al hijo del señor llevó consigo,
Que nunca lo dejaba de su mano,
Ni el mozo mismo tal apetecía,
A causa del amor que le tenía.

Juan del Rio quedó por su teniente,
Hombre de valerosas cualidades.
A Popayán llegaron finalmente,
Camino de cien mil dificultades:
En la ciudad halló nuevo regente,
Cosas modernas, grandes novedades,
Las cuales de presente yo no pinto,
Mas pintarélas en el canto quinto.

CANTO QUINTO.

Donde se cuenta cómo Lorenzo de Aldana vino á Popayán por mandado del marqués don Francisco Pizarro y con provisiones suyas para tomar en sí el gobierno de Popayán y sus anejos.

En tiempo que del hilo de esperanza
Humano corazón está pendiente
En medio de temor y confianza
Incierta, por algún inconveniente,
Suele ser congojosa la tardanza
A quien de tal ardor está doliente,
Y tanto mas aquejan los ardores
Cuanto las causas dellos son mayores.

Ansí Pizarro, como no tenía
Nuevas algunas de descubrimientos
Que en su nombre Benalcázar hacia,
Y habían de venille por momentos,
Vista la gran tardanza, presumía
Que debía tener nuevos intentos;
Y la sospecha de mudar costumbre
No le causaba poca pesadumbre.

Aquesta presuncion, que no fué vana,
Según atrás habemos relatado,
Comunicó con Lorenzo de Aldana,
Hombre de quien vivía confiado;
Y respondióle que de buena gana,
Si le quisiere dar aquel cuidado,
A Popayán irá, do con buen celo
A la verdad podrá quitar el velo.

Gusto le dieron estos pareceres,
Dándole gracias por la tal oferta;
Y así le concedió largos poderes
Y para todo comision abierta,
Según que piden tales menesteres;
Mas en un caso le cerró la puerta,
Y es que, constando su leal abono,
Quedase Benalcázar en su trono.

Efectuóse presto la jornada
A las provincias de aquel hemisferio,
Cuya gente quedó maravillada
Y luego sospechó traer imperio,
Juzgando que persona señalada
No hizo su venida sin misterio;
La cual, puesto que no faltó recuesta,
A ninguno la hizo manifiesta.

Solo les dice cómo saber quiere,
Pues con tanto hervor se le pregunta,
Si vive Benalcázar ó si muere,
O qué de sus conceptos se barrunta,
Para quel pecho del marqués se entere
De lo que pasa, por estar defunta
En su noticia, la que va buscando,
Como si della no tuviese mando.

Entendida la cifra y el lenguaje,
Juan de Ampudia le dió razon bastante
De las penalidades del viaje,
Como quien fué del mismo caminante
Y dónde lo dejó, y en qué paraje,
Con intenciones de pasar delante
Por la noticia próspera que lleva
De que siempre hallaba buena nueva.

Estúvose suspenso y en espera,
Sin mas alteracion ni movimiento,
Por ver si Benalcázar respondiera,
O mensajeros por su mandamiento.
En este tiempo vino Juan Cabrera
A deshacer aquel encantamiento;
Y como supo ser ciertos los toros,
Cesaron los respetos y decoros.

Notificó despachos competentes
A todos los cabildos y concejos,
Y puso de su mano los tenientes,
Aunque mudó después estos consejos;
Pues viéndolos leales y obedientes
Se volvieron las varas á los viejos
Por el rey y el marqués, por quien fué cierto
Haber el Benalcázar descubierta.

Dadas en el gobierno las razones
Que parecían ser mas convincentes,
El Añasco llegó de los yalcones,
Con quien tuvo los mismos accidentes;
Mas luego se dió nuevas comisiones
Y le llegó buen número de gentes
Por el rey y el marqués, dándole cargo,
Grandes favores y poder mas largo.

Estúvose por algún tiempo quedo,
No punto que podamos llamar vago,
Y entonces envió á George Robledo
A poblar en Encerina y en Cartago
Y en Antioquia, pero decir puedo
Que debió ser aquel día aciago,
Pues ambiciones, si se bien advierte,
Fueron las alcabuetas de su muerte.

De las cuales ya hice breve suma
En otra que no fué menor historia,
Y así no será justo que consuma
Tanto papel en cosa que es notoria:
Bastará de presente que mi pluma
Refresque deste hecho la memoria,
Pues pretendió que los pueblos poblados
Por él, le fuesen en gobierno dados.

Mas no salió con estas intenciones,
Y fué solicitud desvanecida,
Por la cual y por otras ocasiones
El Benalcázar le quitó la vida;
Y así quiero volver á dar razones
Antes que del Aldana me despida,
Cómo se conservó con gran prudencia
El tiempo que allí hizo residencia.

Dado pues orden, cual se representa
E yo con brevedad posible narro,
A Pirú se volvió para dar cuenta
De los sucesos al marqués Pizarro,
Donde tenía generosa renta
Y era de los aurigas de aquel carro,
Pero no siempre con tan justa vida
Que en algo no saliese de medida.

Añasco se volvió con buen recado
A ver de Timaná los señoríos,
De treinta caballeros rodeado,
Cursados en ausonios desafíos;
Juan de Orozco y Arias Maldonado,
A quien yo tuve por amigos míos,
Fueron también en esta coyuntura,
Para Pedro de Añasco mas que dura.

Porque como se viesse con mejora
De buenos hombres y demás posible,
En cobrar los tributos y demora
Los aquejaba con ardor terrible;
Y el venir á servir á punto y hora,
Por pecho lo tenían insufrible,
No queriendo con su bestial linaje,
Reconocer á nadie vasallaje.

No les pone temor el estandarte
Aumentado de gente castellana:
Todos al fin andaban de mal arte
E ya servían muy de mala gana,
Para lo cual no fué pequeña parte
Una india llamada la Gaitana,
O fuese nombre proprio manifiesto,
O que por españoles fuese puesto.

En aquella cercana serranía
Era señora de las mas potentes,
Y por toda la tierra se tendía
Gran fuerza de sus deudos y parientes.
Viuda regalada que tenía
Un hijo que mandaba muchas gentes,
Al cual por no acudir como vasallo
Añasco procuró de castigallo.

Salió de Timaná con este pio,
A caballo con él veinte y un hombre,
Entrellos iba Baltasar del Rio
Y el primo Añasco de su mismo nombre;
E ya como dos leguas de desvío,
Agüero no faltó que los asombre;
El hijo de Piganza va con ellos
No menos que quien va por los cabellos.

Sucedió quel caballo do camina
El capitán Añasco, se recela
Donde no vian ocasion vecina
Que para retardarse le compela:
Si le metía hierro, mas se empina
Y nada se le da por el espuela,
Aunque nunca jamás dió tal molestia,
Antes tuvo valor mas que de bestia.

Viendo que no podía, según nuestro,
Hacello proceder donde repara,
Bajóse para lo llevar del diestro;
Creuyendo todos ellos que bastara,
Tiraban á porfia del cabestro,
Dándole por detras con una vara;
Mas la solicitud no fué bastante
Para que lo pasasen adelante.

Ponen otros caballos á su frente
Para lo convidar por esta via,
Y aunque no lo hallaban diferente,
Tanto pudieron palos y porfia,
Que pasó con los otros juntamente
Del lugar llano do se detenía:
En él subió, hallándolo tan bueno
Como después que supo tener freno.

Del suceso nacieron ocasiones
Por donde muchos destos compañeros
Pronosticaban con murmuraciones
Malos y desastrosos paraderos.
El dijo: «No mireis en abusiones,
Pues todos sois cristianos caballeros,
Que no es el asna de Balam aquesta
Para que hagais della tanta fiesta.»

» Menos es mi caballo semejante
A Bucéfalo, Cyllaro ni Lamo,
Ni aun Eon, el caballo de Pallante,
De curso mas veloce que de gamo,
Cuyo lloro fué grande y abundante
Sobre la sepultura de su amo;
Ni el de Diomedes, que si bien advierto,
Con hambre se mató, su dueño muerto.

» Conozco que de brutos animales
Tomaron documento los terrenos
Para reconocer los temporales
Si son tempestuosos ó serenos;
Mas en aquestas cosas especiales
De las pronosticar están adivinos,
Y quien por bestias casos adivina
En los nas atinados desatina.

» Y revelárenos desta manera
Algunos males, no somos tan santos,
Ni semejante caso sucediera
En uno solo donde vienen tantos,
Pues todos recelaran la carrera
Y también padecieran sus espantos:
¿Qué será pues en uno sin los otros,
Sino mañas que suelen tener potros?»

Con esta práctica, mas ampliada
De lo que manifiestan mis razones,
Hicieron aquel día su jornada;
En los principios de las poblaciones
Hallaron mucha gente retirada
Y los demás con tibias intenciones
Llamaron otro día de mañana
Al hijo principal de la Gaitana.

Vuelven los mensajeros aquel día
Al declinar el sol al occidente,
Y preguntándoles qué respondía,
Dijeron no querer distintamente:
Añasco, capitán, por él envía
A su primo con guias y con gente,
Para que lo salteen en el sueño
Y lo traigan á ver su nuevo dueño.

A la hora que llaman intempesta
Hizo con seis ó siete su partida:
Obscuridad inmensa los molesta,
Mas alguno por ella tuvo vida,
Pues Añasco rodó por una cuesta
Y un brazo se quebró de la caída:
A todos causó pena la desgracia,
Que para su salud fué mas que gracia.

Como se lastimase malamente,
Sin pasar adelante le convino
Volverse do quedaba su pariente,
Pero los otros fueron su camino
Y prendieron al indio delincuente,
Si tal nombre merece de condino:
Mas si se fulminara por escrito
Muy tolerable era su delito.

De su reposo lo sacaron fuera
Con todas las acciones afrentosas.
A punto se llevaba la collera,
Puestas ni mas ni menos las esposas,
Vió finalmente la presencia fiera
De quien presto hará peores cosas:
Al hijo sigue la mujer viuda
Sin acordarse de pedir ayuda.

Nunca creyó tan ásperos sucesos
Al tiempo de tomalle residencia,
Por ser de los actores los escesos
Y del reo las culpas inocencia:
En la uña hicieron los procesos,
Y dióse vocalmente la sentencia:
Que muera hecho brasas y ceniza
Mandó, cuyo rigor escandaliza.

Pertinaces en este mal motivo,
Juntóse luego cantidad de rama,
Traen después al misero captivo
En presencia de aquella que lo ama.
De fuscos humos rodeado vivo
Su vida consumió la viva llama;
Y ya podeis sentir qué sentiría
La miserable madre que lo via.

Decía: «Hijo mio! cuán incierta
Es á los confiados confianza!
» Para cuántas borrascas abre puerta
Un brevecillo rato de bonanza!
Hijo, que sin tu vida quedo muerta,
Mas no lo quedará para venganza:
Bien puedo yo morir, pero tus penas
De pagármelas han con las septenas.»

Con esto se partió dando clamores
Todas las horas sin cerrar la boca:
Los extremos que hace son mayores,
Y de mas furia que de mujer loca;
A todos los caciques y señores
Se queja, y á venganza los provoca,
Hasta tanto que ya ganó los votos
De los cercanos y de los remotos.

Uno tan solamente le faltaba
Para dar conclusion á sus andenes:
Este era Pigoanza que abundaba,
De gentes atrevidas y de bienes,
Mas una cosa la desconfiaba,
Y es el hijo que tienen en rehenes:
Pero después diré que á su gemido
También este señor quedó rendido.